



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 1

CTX 126 TEOLOGÍAS Y HERMENÉUTICAS CONTEXTUALES

Mana, Kä. “Las Iglesias africanas frente a las actuales mutaciones del Continente”. En *Teología africana para tiempos de crisis: cristianismo y reconstrucción de África*. Traducción de Miguel Montes, 97-122. Estella: Verbo Divino, 2000.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Las Iglesias africanas frente a las actuales mutaciones del Continente

Contexto de una teología en la reconstrucción hoy

Si la primera parte de este libro ha estado consagrada a definir el marco histórico y teológico de donde han surgido la necesidad y la urgencia de elaborar una teología de la reconstrucción africana, ahora vamos a emprender la tarea de definir el contexto social en que se arraiga. Ese contexto es el suministrado por la palabra de las Iglesias de África sobre los problemas que hoy tenemos como sociedad.

En efecto, desde principios del año 1990, las Iglesias africanas han tomado la palabra, en distintas ocasiones, para hacer saber su punto de vista sobre la situación actual en que se encuentra el continente y apoyar con firmeza las mutaciones políticas y culturales en curso. Las comunidades cristianas, a través de un movimiento conjunto cuyo impulso ha dado unas orientaciones de fondo a las expectativas de las sociedades africanas contemporáneas —de las que ya no pueden prescindir sin comprometer la calidad del futuro en cuyo nombre luchan—, han abierto el camino a una reflexión de fondo sobre el estado en que se encuentran las naciones africanas. Una reflexión que se extiende a las apuestas que están sobre el tapete, a las opciones esenciales que deben tomar, a los valores que deben promover y al sentido del cristianismo en el África de hoy.

A partir de un análisis de los principales textos publicados recientemente por diversas instancias eclesiales en el conti-

nente negro¹, quisiéramos reunir las afirmaciones principales de las Iglesias sobre los problemas actuales planteados a los pueblos africanos. También deseáramos sacar a la luz las perspectivas de cambio que proponen y evaluar las posibilidades que tienen de ser asumidas en las coyunturas que caracterizan el final del siglo XX. Procederemos asimismo a una evaluación global de lo que han dicho las Iglesias, del proyecto de sociedad que proponen y de las tareas que se plantean a sí mismas en el presente y para el futuro.

1. Las tomas de posición

El contexto general

Para comprender la amplitud del movimiento que ha impulsado a los responsables de las comunidades cristianas de África a tomar la palabra frente a los poderes establecidos y a las políticas que practican; para captar el sentido profundo de esta toma de la palabra a través de la perspicacia de sus análisis, la firmeza de su lenguaje y la utopía de su proyecto de sociedad, es preciso saber que esa toma de posición se sitúa en un contexto mundial en pleno cambio, tras el hundimiento del bloque comunista y de su ideología. Este hundimiento ha

¹ Nuestro abanico se compone de los textos siguientes: «Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún sobre la crisis económica que padece el país», Pentecostés 1990; «La política al servicio del país, mirada de fe y de esperanza», carta pastoral de los obispos de Costa de Marfil, en *La documentation Catholique*, nº 2012, 2-16 de septiembre de 1990, pp. 820-826; «Le Mémoire du comité permanent de la Conférence épiscopale du Zaïre adressé au président Mobutu lors de la consultation nationale sur la situation générale du pays et le fonctionnement des institutions», publicado por *Jeune Afrique*, nº 1.527, del 9 de abril de 1990, pp. 20-25; «Carta pastoral del Comité ejecutivo nacional de la Iglesia de Cristo en el Zaïre al pueblo de Dios frente a la situación sociopolítica en el Zaïre», multicopiado; «Ética cristiana y política en el Benín de hoy», declaración del Consejo Interconfesional de las Iglesias Protestantes en Benín tras el coloquio de Porto-Novo de los días 12 y 13 de febrero de 1990; «Maseru declaration on the debt crisis as it affects human rights», documento publicado tras el encuentro

descalificado, de manera decisiva, los principios en que se basaban, que habían encontrado en algunos regímenes políticos africanos un ámbito propicio para el florecimiento de sus métodos y de su mentalidad. El fracaso y el hundimiento del comunismo no sólo han sacado a la luz la exigencia de libertad, de participación, de pluralismo y de democracia como base para edificar un mundo digno de los sueños profundos de la humanidad, sino que, sobre todo, han obligado a los aliados occidentales de otros regímenes políticos africanos a deshacerse de su antiguo miedo al comunismo. Un miedo mediante el que legitimaban a menudo su apoyo a políticas dictatoriales e inhumanas.

De este modo, ha visto la luz una nueva situación, que ha hecho completamente inoperantes, por sí mismas, las escapatórias y las justificaciones especiosas de las autocracias africanas. Estas autocracias se han encontrado desnudas delante de sus pueblos, condenadas o bien a jugar la carta de una rigidez suicida, o bien a contar con los nuevos datos democráticos que sus mismos aliados de Occidente se han puesto a alentar, con firmeza o paso a paso, y que presentan hoy con claridad como la única vía que tiene futuro.

En este contexto global es donde se han impuesto la necesidad y la urgencia de proceder a una reflexión de conjunto, destinada a orientar las mutaciones de los países africanos. Ese mismo contexto es el que ha llevado a las Iglesias a iluminar las apuestas en curso y a guiar a las conciencias en las nuevas opciones de sociedad que debemos implantar.

organizado bajo los auspicios de la Conferencia de las Iglesias de Toda África del 26 al 30 de septiembre de 1990, en Lesotho Maseru; la reseña, no publicada todavía en el momento en que redactamos estas líneas, de los debates del encuentro de los responsables de las Iglesias protestantes de África central en Kinshasa-N'Sele, del 12 al 21 de agosto de 1990; «Liberar la democracia. Declaración de los obispos del Zaire a los cristianos católicos y a los hombres de buena voluntad», comienzo de la Cuaresma de 1991; «El 35 Sínodo General de la Iglesia evangélica del Camerún toma posición sobre el contexto sociopolítico del país», marzo de 1991; «El tiempo propicio para el cambio», CETA, 1991; «¿Qué hacemos de nuestro país?», carta pastoral de los obispos de África central, Bangui 1991.

Pero eso no es todo. Para comprender el alcance de las recientes intervenciones de las Iglesias africanas en el campo de la vida política, económica, social y cultural del continente negro, debemos recurrir a otro elemento. Un elemento que resulta decisivo y capital en el imaginario de los pueblos de África. En 1990 cumplieron los países africanos, en conjunto, treinta años de independencia. Esta etapa exige un balance y necesita una nueva visión perspectiva de todo el destino del continente.

Ahora bien, el balance resulta, desde casi todos los puntos de vista, catastrófico; aunque las esperanzas sean, por su parte, y casi desde todos los puntos de vista, fabulosas.

Quiebra económica, angustia social, inmovilismo político e incapacidad de las dictaduras implantadas para conducir el continente africano por la vía del desarrollo: ése es el balance que puede hacerse treinta años después de las independencias.

Mas ese lote de catástrofes no cierra en modo alguno la puerta a la esperanza. Más bien abre el camino a un análisis perspicaz que pueda detectar anclajes capaces de liberar el espíritu creador y de aprovechar los recursos naturales, humanos y espirituales de los que disponen los pueblos de África para construir su destino.

Precisamente para rechazar la fatalidad de esta situación catastrófica (la sombra de sus miserias y las tinieblas de su angustia), han manifestado en público los pueblos de África su revuelta contra los sistemas políticos que los oprimen. Justamente en nombre de la esperanza y de la fe que tienen aún en sus propias capacidades creativas, han optado por el combate en favor de la vida y la democracia, en favor de la dignidad y la libertad.

Las tomas de posición de las Iglesias de África se insertan en la dinámica de las demandas esenciales de sus pueblos. Son estas demandas las que proporcionan su sentido a esas tomas de posición, a las que, a su vez, iluminan con la luz del Evangelio: gracias a la fuerza de su verbo y a la grandeza de su utopía.

Todo se presenta como si, con las turbulencias del mundo y las conmociones de las sociedades africanas de 1989-1990,

las Iglesias de África redescubrieran con vigor la fecundidad de la Palabra que deben anunciar, y que se manifiesta, de repente, como una potencia de transformación radical en el momento justo en que África necesita esta transformación. A través de la nueva conciencia que ha adquirido el pueblo africano de su situación como una situación de crisis global y profunda, parece que también las Iglesias han tomado conciencia del Evangelio como visión global del mundo destinada a conseguir una mutación profunda de la sociedad. Las Iglesias han tomado la palabra para expresar esta conciencia de una manera clara, perspicaz y poderosa. Sin complacencias ni espíritu de provocación. Con coraje y voluntad de obrar a fondo.

El contenido de las tomas de posición

Aunque aquí las vamos a interpretar otorgándoles un alcance de conjunto que abarca el destino de todo el continente africano, será bueno señalar que los textos que nos sirven de base se refieren cada uno de ellos a la situación de un país particular. Cada uno se hace eco del grito de su propio pueblo, analiza la situación específica de un país, perfila los contornos de un estado particular y abre la esperanza a una nación singular. Sólo al relacionar estos textos entre sí caemos en la cuenta del carácter similar de los contextos de donde surgen y de la identidad de lo que viven los pueblos en cada nación y en cada región del continente africano.

a) La crisis: sus dimensiones y sus efectos

La realidad fundamental, en cuyo interior elevan su voz las Iglesias, y lo que motiva sus tomas de posición, es la crisis. Una crisis que está presente en cada país, que causa estragos por todas partes con vigor, que aumenta de año en año, hasta el punto de convertirse hoy en el otro nombre de África, en el único rostro real y concreto de su presencia en el mundo en este final de siglo.

Frente a la omnipresencia y al carácter virulento de esta intolerable situación, la Iglesia, como fuerza visible de una esperanza fundamental, se siente interpelada:

«La Iglesia, cuya misión es anunciar la Buena Nueva de la salvación a todos los hombres, no puede permanecer indiferente ante las graves y penosas pruebas con que la crisis hace cargar a tantas familias a menudo inocentes»².

Por esa razón, la primera tarea de la que han tomado conciencia las Iglesias africanas es la de expresar la crisis, mirarla de frente y nombrarla en público y con claridad, con coraje y perspicacia.

«Desde hace varios años —escriben los obispos del Camerún—, nuestra nación atraviesa un periodo difícil, conocido con el nombre de crisis. Esta crisis económica engendra muchos sufrimientos y miserias no sólo en el Camerún, sino también en África y en los países en vías de desarrollo de los otros continentes»³.

«En la actualidad —escriben por su parte los miembros del comité ejecutivo de la Iglesia de Cristo en el Zaire [...]— nuestro país atraviesa un periodo difícil. El deterioro de la situación social y económica ha llegado a su punto culminante. Reina una gran efervescencia en el plano político. Corremos el riesgo de que todo explote en cualquier momento. Nuestro país atraviesa una crisis multisectorial»⁴.

En cuanto a los obispos de Costa de Marfil, afirman, sin rodeos, que el tiempo del «milagro de Costa de Marfil» ha pasado y ahora se encuentra todo el país bajo el influjo del «mal de Costa de Marfil»⁵.

² *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, p. 2.

³ *Ibid.*

⁴ *Carta pastoral del Comité Ejecutivo de la Iglesia de Cristo en Zaire*, p. 1.

⁵ *Carta pastoral de los obispos de Costa de Marfil*, en *Documentation Catholique*, 2.012, p. 821.

Hablar así de la crisis de sus naciones no apunta sólo a hacer tomar conciencia a los africanos de una situación que ellos conocen bien y que están viviendo en su propia carne, sino a desencadenar un proceso de reflexión sobre lo que esta crisis manifiesta: sus causas, sus raíces, sus mecanismos, sus efectos y sus apuestas. Todo lo que las ideologías de los poderes implantados han intentado siempre edulcorar para blandir malas razones, ocultar los mecanismos de su participación en la crisis y negarse a levantar acta de su fracaso. Y también todo aquello que ni siquiera los mismos pueblos africanos ven y que pone en tela de juicio sus propias mentalidades, el tipo de mentalidad que les hace vivir, los mitos que determinan su opción de sociedad y los valores que estructuran su vida.

Con sólo nombrar la crisis en su realidad concreta, las Iglesias de África denuncian, por una parte, la buena conciencia y la mala fe de todos los poderes establecidos y, por otra, la inconsciencia de unos pueblos africanos que tienen tendencia a no ver su propia responsabilidad y su implicación en lo que les pasa.

Por esa razón, la trama de la crisis, tal como las Iglesias la presentan en sus dimensiones y efectos, tiende a implicar a cada africano en la situación actual. Una situación de la que África, no por ser víctima, deja de ser fuente y agente⁶. Y es que esta crisis no sólo es global, profunda y aguda, sino que afecta a aspectos de la vida en los que, de un modo o de otro, cada africano debe sentirse interpelado, porque no se limita a padecer una situación, sino que la produce y mantiene también, en mayor o menor medida.

Hay, en efecto, dimensiones de la crisis que África tiene la impresión de padecer, sin más.

«La crisis se presenta, en primer lugar, como una fuerza misteriosa, ciega, que engendra por todas partes pobreza, miseria, paro, y siembra temor, duda e incertidumbre incluso en las mismas estructuras del aparato

⁶ *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, p. 16.

estatal y de las instituciones económicas», escriben los obispos del Camerún⁷.

«Nuestra economía está dislocada –constata la Conferencia Episcopal de Costa de Marfil–. Con el deterioro de los términos del intercambio, el trabajo, tanto en el pueblo como en la ciudad, ya no puede hacer vivir al trabajador. El empobrecimiento que de ahí se sigue desestabiliza las familias, la sociedad.»⁸

La crisis se sufre así como una cosa impuesta por unas estructuras económicas que nadie controla y que, en el orden del mundo en que vivimos, condena a muchos países del Sur a vivir en la miseria.

Los obispos del Camerún describen esta situación con una gran lucidez y realismo:

«Los precios internacionales de las materias primas caen bruscamente [...] Ahora bien, estos productos eran la fuente única y exclusiva de ingresos para millones de cameruneses. El poder de compra de la población disminuye y tiende a cero. La vida se vuelve excesivamente cara, no sólo por lo que respecta a los bienes importados, suben también los precios de los productos necesarios para la vida diaria que se producen en el país»⁹.

Y lo que es todavía más grave: el mismo tejido económico se deteriora, lo cual trae como consecuencia la escasez del dinero y el incremento de la desolación colectiva.

«Ciertos bancos se vacían; algunos llegan incluso a cerrar, declarando que no queda dinero en efectivo. El Estado se ve en dificultades para pagar a sus funcionarios y hacer frente a sus otros compromisos. Algunas empresas públicas y privadas cierran. Los servicios públicos proce-

⁶ *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, p. 16.

⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁸ «La política al servicio del país», doc. cit., p. 821.

⁹ *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, p. 4.

den a reducciones de personal. Y lo que es aún más grave, queda bloqueado todo nuevo reclutamiento. Miles de cabezas de familia quedan reducidos al paro. Y así es como innumerables familias camerunesas se encuentran, de repente, sin recursos, entregadas a sí mismas, inseguras frente al día de mañana»¹⁰

Si sólo existiera esta dimensión pasiva de la crisis, las cosas hubieran podido ser enfocadas exclusivamente desde el punto de vista de las reformas estructurales, pero la crisis tiene asimismo una dimensión interior, que llega al centro espiritual de la personalidad y de la sociedad. Entonces se convierte en una crisis producida por el comportamiento de los hombres, por un sistema de vida que arrastra a los africanos «a la mentira, a la prostitución, a la delación, al odio, a la destrucción de la vida, a la acumulación de bienes personales en detrimento de la mayoría, que se estanca en la miseria y aspira a verse libre de ella»¹¹.

Este sistema de vida segrega modos de ser de los que lo menos que se puede decir es que bloquean todo funcionamiento normal de la sociedad, tanto los mecanismos económicos de base como su estructura orgánica fundamental, la función pública.

«La falta de todo espíritu cívico en la vida pública –señalan los obispos del Camerún– trae consigo, en los funcionarios de todas las categorías, la corrupción, el abandono, el absentismo, el espíritu venal y esos famosos desvíos de fondos públicos que desafían toda vigilancia. El fraude aduanero, la negativa a pagar las tasas y los impuestos debidos al Estado son prácticas que se encuentran hasta en los sectores vitales de la economía de nuestra nación»¹².

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Carta pastoral del Comité ejecutivo de la Iglesia de Cristo en el Zaire*, p. 2.

¹² *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, p. 18.

Los aspectos y efectos que acabamos de evocar manifiestan una profunda crisis moral. Una crisis que mezcla los criterios de lo verdadero y de lo falso, de lo esencial y de lo accesorio, de lo útil y de lo inútil, del bien y del mal. Con lo que eso trae consigo de «quiebra social», es decir, de desaparición de toda regla de equidad y de todo sentido del interés colectivo. «Esta quiebra social conduce a la quiebra política –afirman los obispos de Costa de Marfil–. Pero cuando los habitantes de una nación son creyentes y esta nación se hunde en el empobrecimiento, la inseguridad, la inmoralidad y la injusticia, es preciso concluir que la quiebra es asimismo espiritual.»¹³

Más exactamente, como señala aún el Comité ejecutivo nacional de la Iglesia de Cristo en el Zaire, «se trata fundamentalmente de una crisis de hombres antes de una crisis estructural»¹⁴.

Esa es la situación. La tarea que debemos emprender es determinar sus causas, comprender sus raíces y hacer frente a sus apuestas en todas las naciones africanas.

b) Raíces de la crisis y posibles remedios

Según los documentos que estamos analizando, la percepción de las causas y de las raíces de la crisis africana por parte de las Iglesias de África se sitúa a un doble nivel:

- el nivel de las causas y de las raíces espirituales ligadas a las estructuras mentales del mundo en que vivimos y a las consecuencias que tiene en África;
- el nivel de la concreción de esas estructuras mentales en las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales.

Detengámonos en este doble nivel del problema y veamos cómo se ilumina la crisis africana a partir de esta clave.

¹³ «La política al servicio del país, mirada de fe y de esperanza», carta pastoral de los obispos de Costa de Marfil, en *La Documentation Catholique*, nº 2.012, 2-16 de septiembre de 1990, p. 821.

¹⁴ *Carta del Comité ejecutivo de la Iglesia de Cristo en el Zaire*, p. 2.

Antes que nada, será oportuno señalar que, al modo de ver de las instancias eclesiales, cuya reflexión ofrecemos aquí, el problema de la crisis tiene su origen en la dimensión fundamental del pecado, que preside la organización del orden mundial de nuestro tiempo. Se trata de una mentalidad cínica generalizada, esa mentalidad que se manifiesta y aplica hoy, sobre todo, en las relaciones Norte-Sur. Todo sucede como si la opción capital de nuestro mundo fuera la opción radical contra los necesitados y contra los imperativos éticos. Este mundo no sólo pone el interés personal, la voluntad de explotación y de opresión en el centro de las estructuras del orden mundial, sino que, sobre todo, debilita toda voluntad de solidaridad y de justicia, haciendo de ella algo extraño, insólito, periférico, bueno sólo para los ingenuos y para las instituciones de caridad, que no han comprendido nada de la ferocidad de la realidad tal como funciona en el orden de lo concreto. Son esas estructuras mentales de pecado las que producen un mundo cuyas estructuras son asimismo, en su totalidad y en su misma esencia, estructuras de pecado. Se trata de un orden político, económico, social y cultural sin basamento moral ni fermento espiritual guiado por la exigencia fundamental de Dios sobre el mundo.

Precisemos la noción de estructura de pecado que empleamos aquí. No tiene la intención de designar un sistema abstracto del que nadie sería responsable y que se perpetuaría a sí mismo, en cuanto sistema, de manera automática. Designa, más bien, un marco global ligado a opciones individuales y colectivas concretas, al pecado personal que, a través de comportamientos prácticos, nos impulsa a crear un tipo de civilización carente del sentido de lo humano. En esas condiciones, los hombres sienten sobremanera la tentación de ocultarse su propia responsabilidad, invocando unas realidades que están por encima de ellos, sobre las que nadie cree ejercer control alguno.

En nombre de esas realidades, nadie se atreve a ir ya a contracorriente. La sociedad se deja encerrar en una especie de irresponsabilidad colectiva frente a la imagen que debe darse a sí misma. Así es como, en nombre de las leyes de la economía

y de los imperativos del mercado, dejamos que el mundo se estructure en medio de la injusticia y las desigualdades. En nombre de los intereses superiores del Estado, sacrificamos vidas humanas y perpetuamos guerras entre las naciones. En nombre de las necesidades políticas, creamos en nuestras naciones servicios secretos, que se transforman, con frecuencia, en «brigadas de la muerte», en «grupos de intervención» o en «divisiones especializadas» destinadas a meter a todo el mundo en cintura y a romper, aun a costa de matanzas y secuestros, cualquier veleidad de resistencia y de contestación.

¿Quién no ve que, detrás de la invocación de las leyes económicas inflexibles, de los imperativos de la seguridad del Estado, de las necesidades políticas inexorables o de la defensa del interés nacional, se esconde, de hecho, una abdicación de la inteligencia y de la imaginación ética en la estructuración del mundo en que vivimos? Desde el momento en que todo parece decidirse en las altas esferas de los especialistas, de los jefes, de las instancias superiores y de los foros sobre los que el común de los mortales cree no tener ninguna posibilidad de acción, retrocede el sentido de la responsabilidad, así como la preocupación por las realidades concretas entre las que viven a diario los hombres. Una vez se ha impuesto semejante situación, crece sobremanera el riesgo de ver funcionar las instituciones sin relación con lo humano, sin preocuparse del estado real en que se encuentran los hombres y los pueblos. Las instituciones escapan al control del hombre y siguen una lógica que puede destruir los valores fundamentales de lo humano. En ese caso, se convierten en estructuras de pecado. Y no son tales más que porque están ligadas al pecado personal, agazapado en el corazón del hombre. Como bien ha visto el papa Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, el vínculo entre falta personal y estructura de pecado es tal que pensar la una sin la otra impide acceder a una comprensión profunda del drama de nuestro tiempo.

Y precisamente por ser conscientes de este vínculo íntimo que existe entre responsabilidad individual y marco global de vida, las Iglesias africanas insertan la crisis del continente en el drama general de lo que Pablo VI había formulado ya de

manera justa cuando, en su exhortación *Evangelii nuntiandi*, escribía: «La ruptura entre el Evangelio y la cultura constituye, sin duda, el drama de nuestra época»¹⁵.

Este drama, cuyas estructuras mentales de pecado son hitos visibles en el actual orden mundial, hace padecer a África un interminable calvario. Los obispos del Camerún lo subrayan con fuerza:

«La causa y el origen del mal que padecemos se encuentran, en primer lugar, en las estructuras de pecado que dominan el mundo actual [...]. Parece ser [...] que estas estructuras de pecado están ligadas al orden político, económico, cultural, que rige la vida internacional. La crisis es, en primer lugar, un fenómeno engendrado por el orden económico mundial basado exclusivamente en el beneficio, el egoísmo, la explotación de los pobres, de los débiles y de los oprimidos por los ricos y los poderosos de este mundo»¹⁶.

Pero no basta con poner de manifiesto esta dimensión de la crisis para creer que hemos dado cuenta de todas sus raíces. Una de las afirmaciones más radicales, más audaces y más interpeladoras de todos los análisis de las Iglesias sobre la situación de África es, sin el menor asomo de duda, la que reconoce con claridad y define de manera vigorosa la existencia de raíces y causas internas en la condición actual de las naciones africanas: «No somos únicamente víctimas de la crisis; somos también la causa y los agentes de la misma»¹⁷.

¹⁵ Exhortación publicada en 1975, n. 20.

¹⁶ *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal del Camerún*, pp. 5-6.

¹⁷ En el texto «El tiempo propicio para el cambio», publicado por la CETA, se dice: «La crisis que conocemos no se debe, en primer lugar, a que hayamos heredado del colonialismo unas situaciones difíciles. Es un hecho que hemos faltado a nuestras responsabilidades. Eso nos ha llevado a la crisis, porque no hemos sabido aprovechar nuestra posibilidad histórica. Y cada generación tiene que identificar y aprovechar sus posibilidades» (p. 9). Los obispos de África central señalan, por su parte: «Buscamos chivos expiatorios. Pero todos, incluida nuestra Iglesia, deberíamos reconocer nuestras propias deficiencias», *Que faisons-nous de notre pays?*, p. 12.

Estamos ante una afirmación capital. Y no lo es sólo porque sitúa el problema del continente en las profundidades de las estructuras mentales actuales de los africanos, sino porque pone a éstos, a partir de ahora, frente a la responsabilidad que tienen con respecto a su propio destino. Dicho con otras palabras, hemos salido de la era de la denuncia verbosa y ebria del colonialismo y del neocolonialismo, que hacía las veces de pensamiento a muchos ideólogos y alejaba a los africanos de ponerse a sí mismos, en cuanto individuos, en cuanto pueblos, en cuanto naciones, en tela de juicio. Si el africano actual es causa y agente de su propia crisis, es enteramente responsable de la misma y debe dar cuenta de esta responsabilidad ante la historia. Es responsable de sus opciones políticas, de sus estructuras económicas, del clima mental y cultural en el que vive y de las estructuras sociales en cuyo interior evoluciona.

Esta dimensión de la responsabilidad es la que los miembros del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal del Zaire han puesto de manifiesto en el análisis del sistema político-ideológico de su nación. El elemento capital de este análisis es la opción tomada por los mismos responsables zaireños. Una opción que, al menos en apariencia, nadie les ha impuesto, sino que ellos mismos la han concebido y rodado como modalidad de gobierno y principio de mantenimiento en el poder. En la misma medida en que la opción tomada ha sido mezclar el autoritarismo propio de los regímenes políticos de los países del Este y el salvajismo de un liberalismo que aprovecha a una minoría, las consecuencias sociales y económicas de tal opción son radicalmente imputables a los mismos responsables zaireños. Pretender desembarazarse de esta responsabilidad invocando, de manera constante, los parámetros exteriores forma parte, sencillamente, de la ceguera ideológica o de la mala fe.

El análisis de los obispos zaireños puede servir de clave de comprensión de la situación que prevalece en otros países africanos. Será útil reproducir aquí su punto más sobresaliente:

«A la luz de la situación en que se encuentra nuestra nación y de la geopolítica actual, relejendo la enseñanza

de la Iglesia universal y nuestras propias directivas anteriores, nos atrevemos a afirmar que la causa principal, si no la raíz de la parálisis de las instituciones nacionales y de la crisis de las estructuras del Estado, reside en un sistema político híbrido. Éste toma del liberalismo las ventajas que ofrece, de hecho, a una minoría el goce de la propiedad privada y, por otro lado, toma prestado del totalitarismo los métodos de conquista y de mantenimiento en el poder. No es que el tomar prestado, en cuanto tal, sea un procedimiento reprensible, pero como no ha tenido en cuenta la irreductibilidad de los principios que constituyen la coherencia intrínseca de cada uno de ambos sistemas, el del Zaire, falto de una síntesis nueva y armónica, se ha encerrado, por desgracia, en un juego de contradicciones internas. Por una parte, ha heredado las flaquezas de ambos sistemas y, por otra, ha dado lugar a un poder absoluto y autocrático, a cuyo mantenimiento concurren los capitales y los bienes producidos gracias a la economía de mercado»¹⁸.

Es la misma conclusión a la que llegaron los responsables de las Iglesias protestantes de África central, reunidos en agosto de 1990 en Kinshasa (N'Sele), con ocasión de la cuarta Asamblea de jóvenes y estudiantes de toda África. Ampliando el análisis de los obispos zaireños a toda África central, animaron a todos los dirigentes políticos del continente a orientarse hacia la vía de la democracia, del pluralismo, del respeto a las libertades fundamentales y a los derechos del hombre. Sin esta opción política radical, que rompe con el ejercicio autocrático del poder, resulta vano esperar el desarrollo económico, la paz social y la creatividad cultural liberadora e innovadora. En un sistema político viciado, es el conjunto de las mismas condi-

¹⁸ «Mémorandum du Comité Permanent de la Conférence Épiscopale du Zaïre adressé au président Mobutu lors de la consultation nationale sur la situation générale du pays et le fonctionnement des institutions», publicado por *Jeune Afrique*, nº 1.527, del 9 de abril de 1990, p. 21.

ciones de existencia el que sufre y se rebaja, entregando la nación a la angustia y a la desesperación sin fin.

África se encuentra hoy en esa situación, y a partir de ella piensan y conciben hoy las Iglesias los remedios al drama espiritual y al mal global que padecen los países africanos.

Lo que está en juego, en el fondo, sea cual sea la posición que se ocupe en las estructuras actuales del poder en África, es «obtener transformaciones profundas en el pensamiento, en la palabra y en la acción [...] a fin de contribuir al nacimiento de un tipo de hombre y de un tipo de sociedad nuevos de verdad»¹⁹.

Si el remedio pretende suscitar transformaciones profundas destinadas a una innovación radical de los hombres y de las sociedades africanas, debe ir a las causas y a las raíces del mal. Dicho con mayor precisión, no puede consistir más que en una mutación fundamental del espíritu.

– Una mutación que haría pasar a los países africanos de las estructuras mentales de pecado, en que hoy se encuentran estancados, a unas estructuras de amor, que insertarían a África en un orden mundial transformado en su espíritu por las fuerzas de la solidaridad, del reparto y de la justicia.

– Una mutación que haría pasar a África de unas formas híbridas de poder a unas estructuras políticas edificadas sobre la participación, el debate, las opciones basadas en la razón y la ética del bien común.

Se trata de hacer nacer otro tipo de mentalidad y otras formas de instituciones políticas, económicas, sociales y culturales.

Como señalan los obispos del Camerún, se ha vuelto imperativo «reexaminar el diálogo Norte-Sur, inventar nuevas instituciones de solidaridad y de interdependencia basadas, no en el enriquecimiento y la dominación de unos y el empobrecimiento de los otros, sino en una promoción mutua basada en el bien común de todos»²⁰.

¹⁹ *Carta pastoral del Comité Ejecutivo de la Iglesia de Cristo en el Zaire*, p. 9.

²⁰ El camino a seguir exige así un orden económico mundial nuevo, una

Con este mismo impulso, escriben los obispos del Zaire: «[...] las reformas que se deben proyectar para el sistema político deben promover los verdaderos valores culturales de nuestro pueblo; salvaguardar la paz conquistada a tan alto precio, así como la unidad y la integridad nacionales; garantizar los derechos del hombre; garantizar la participación de todos no sólo en la explotación de las riquezas, sino también en el disfrute de los frutos del esfuerzo común; apuntar a la construcción de una economía autocentrada en el beneficio del conjunto de toda la colectividad nacional»²¹.

Si nos fijamos bien en la presentación y en la formulación de estos remedios, no puede pasarnos desapercibido que todos ellos se presentan como discursos de orientación y como opciones en favor de los valores presentados como indispensables para la construcción de cualquier sociedad que se pretenda humana y digna del hombre.

Podría ser que estos remedios les parezcan a algunos deseos piadosos de «almas bondadosas», en un mundo que se organiza y vive sin tener en cuenta lo que las Iglesias quieren y dicen.

Podría ser que fueran percibidos como un signo de coraje y una voluntad de combate en un continente necesitado de que emerjan de su seno hombres y mujeres capaces de decir no a las estructuras de pecado, al sufrimiento y al mal, que constituyen hoy el subdesarrollo y los poderes autocráticos.

Podría ser asimismo que se viera en ellos la expresión de la conciencia vigorosa y exigente que la Iglesia tiene de su papel crucial: cambiar África de manera profunda, con el Evangelio como fundamento de una visión global del mundo y fermento de una innovación radical de todo.

nueva cooperación Norte-Sur y una ardiente voluntad, por parte de los países en crisis, de liberar su fuerza de creatividad en el campo técnico y científico, así como su sentido ético, para proyectar unas instituciones guiadas por la sed de lo humano, *Carta pastoral de los obispos del Camerún*, pp. 21-25.

²¹ «Mémorandum...», p. 23.

Nosotros, por nuestra parte, vemos en esos remedios un anclaje decisivo para comprender las recomendaciones y consignas de acción que dan las Iglesias a los cristianos, a fin de que procedan a una práctica concreta de transformación de las sociedades africanas.

2. Recomendaciones y consignas de acción para los cristianos

En sus tomas de posición sobre la situación de África, las Iglesias no se limitan a realizar una fuerte crítica de los sistemas sociopolíticos establecidos y a la formulación de remedios abstractos, que podrían parecer deseos piadosos carentes de impacto sobre la evolución de las sociedades africanas.

Detrás de estas críticas se perfilan recomendaciones y consignas de acción concretas, sobre las que ahora nos gustaría llamar la atención. Vamos a presentar los principales ejes de las mismas, que afectan al papel de los cristianos en el África de hoy.

El eje político

El papel de las Iglesias en la vida política de los países africanos que se han comprometido con la vía de la democracia ha resultado capital no sólo en las nuevas orientaciones adoptadas por los Estados; también en la seguridad de que el proceso iniciado no es una realidad superficial, sino un movimiento de fondo del que dependerá el futuro de África.

En efecto, cuando se ha intentado convocar a todas las fuerzas vivas de un país en una conferencia nacional destinada a reflexionar sobre el conjunto de la situación y sobre la dirección que se debe tomar en el futuro, los convocantes se han vuelto, de manera espontánea, hacia los responsables de las Iglesias. Y lo han hecho no sólo por las cualidades morales de las personalidades a las que se ha recurrido, sino también por la credibilidad de las instituciones que representan y por su incontestable peso social.

Sobre la base de esta credibilidad y de su peso social han suministrado las Iglesias recomendaciones y consignas para la acción política de los cristianos.

Estas recomendaciones y consignas se apoyan en una misma convicción de base. Una convicción que ha sido formulada por el Consejo de las Iglesias Protestantes de Benín y por el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal del Zaire.

Las Iglesias protestantes de Benín declaran lo siguiente en su documento:

«La Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesucristo, no se reconoce ninguna competencia especial para proponer ella misma, en cuanto cuerpo constituido, un determinado proyecto de sociedad, para aconsejar un tipo de gobierno o una constitución con preferencia a otra, para elegir un modelo de administración de la sociedad con preferencia a otro, para apoyar un partido y no otro. Y en el campo del debate y de las luchas políticas se siente obligada a mantener un deber de reserva, una neutralidad ilustrada, que es la única que puede garantizar su independencia de juicio. Los miembros de la Iglesia, por el contrario, están llamados a tomar partido, de manera directa y responsable, en el terreno de la política, según lo que les dicte su conciencia, en las direcciones y en conformidad con las opciones que les parezcan ser las mejores. De ahí se desprende, en el seno de la comunidad cristiana, un pluralismo político necesario, ineludible, que la Iglesia debe aprender a respetar»²².

Esta misma convicción fundamental es la que se desprende de la reflexión de los obispos del Zaire.

«En virtud de su naturaleza –escriben–, la Iglesia no está enfeudada en ningún sistema político dado y carece

²² *Declaración del Consejo Interconfesional de las Iglesias Protestantes en Benín*, p. 1.

de toda competencia particular en materia política. Por eso, no corresponde a los pastores que somos determinar la línea concreta que se debe seguir en el gobierno de la nación. Con todo, mediante la luz del Evangelio, la Iglesia ilumina todo proyecto válido de sociedad humana y lo conduce a su culminación, pues el Evangelio es capaz de sacar a las sociedades humanas de las crisis en que se atascan. Además, la Iglesia, como madre y educadora de pueblos, tiene la misión de formar y de interpelar las conciencias individuales y colectivas, a fin de mantener despierto el corazón de los fieles, y vivo en la comunidad de los hombres el ideal del Evangelio. Por eso, apoyados en la Buena Nueva de Cristo nos atrevemos a afirmar que ninguna opción política encaminada a enderezar nuestro país y a promover el bienestar de nuestro pueblo puede prescindir de los principios y observaciones enunciados más arriba»²³.

A la luz de esta convicción, se recomienda a los cristianos que orienten su compromiso político en una triple dirección.

– La dirección de una política que vaya en el sentido de los cambios pacíficos. Los que se obtienen por medio del diálogo, la concertación, el debate y la deliberación democrática. El 35 sínodo general de la Iglesia evangélica del Camerún ha expresado con mucha fortuna este imperativo: «El espíritu evangélico –declara– otorga una importancia particular al uso de la palabra como instrumento indispensable de comunicación y de intercambio entre todos los hombres. Por consiguiente, la Iglesia evangélica del Camerún afirma que la redinamización de las actividades económicas, la paz social, la reconciliación y la concordia pasan a través del diálogo y la concertación entre todas las sensibilidades de nuestra nación»²⁴. Los obispos del Zaire, por su parte, declaran de una manera más vigorosa: «No debemos hacernos ilusiones; el

²³ «Mémorandum...», p. 23.

²⁴ El 35 sínodo general de la Iglesia evangélica del Camerún toma posición sobre el contexto sociopolítico del país, p. 1.

enderezamiento de la nación está subordinado, por una parte, al establecimiento de mecanismos y procedimientos de derecho capaces de liberar la democracia y, por otra, a la creación de un clima general de paz, de justicia, de concordia nacional y de solidaridad, favorable al trabajo y a la producción»²⁵. Corresponde a los cristianos hacer triunfar estos valores a través de su compromiso político y rechazar «toda violencia estructural basada en la injusticia y la arbitrariedad, así como toda tentación de hacer triunfar sus propias ideas mediante el uso de la violencia»²⁶.

– La dirección de una participación personal, madura y responsable del cristiano en los procesos de transformación de la idea del poder político, de las reglas de su ejercicio, así como de los fundamentos de su legitimidad. Eso exige que la acción política de los cristianos no se acantone en luchas entre partidos políticos destinadas a la conquista del poder, sino que pueda promover «un proyecto de sociedad» donde la política no sea asunto exclusivo de especialistas o de los hombres políticos, donde se reúnan, para la elaboración de sus principios y de sus dinámicas, «los representantes de todas las capas de la población, así como de las diferentes corrientes de pensamiento y de opinión»²⁷. En este sentido, fomentan las Iglesias el sistema de las conferencias nacionales como marco encaminado a pensar el futuro político del continente.

– La dirección de una promoción de la educación para la democracia. Esta exigencia es decisiva, porque de ella depende el éxito de las transformaciones pacíficas, así como la posibilidad de una mutación a fondo de la política. Las recomendaciones de los obispos del Zaire en este tema tienen un alcance que se extiende a toda África:

«Resulta de imperiosa necesidad –dicen– educar y formar al pueblo en la democracia. Saludamos las iniciativas tomadas ya a tal efecto y pedimos que se organicen

²⁵ «Libérer la démocratie», en *Zaire-Afrique*, n° 255, pp. 217-218.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

conferencias, sesiones y seminarios de formación en las escuelas, en las comunidades eclesiales vivas y en las parroquias. Con todo, debe evitarse transformar estas estructuras en lugares de propaganda destinados a la conquista del poder²⁸. Siguiendo este impulso, se recomienda proceder a un trabajo de fondo en el ámbito de los medios de comunicación (radio, televisión, prensa escrita), a fin de que los cristianos puedan implicarse en ellos y participar en la educación moral de la conciencia y de la imaginación políticas de los ciudadanos»²⁹.

El eje económico

Al igual que ocurre en el ámbito de la vida política, tampoco en el económico se reconocen las Iglesias ninguna competencia particular que les habilite para proponer un sistema u otro en el África de hoy. No tienen otro objetivo que animar y exhortar a los cristianos a que den cuerpo a unas estructuras económicas que puedan funcionar según el espíritu del Evangelio.

En esa misma medida, recomiendan a los cristianos que entren de lleno en los ámbitos donde se toman las decisiones económicas del país y ejerzan su influencia sobre las decisiones que se adopten, en el sentido de la justicia y de la igualdad, en el sentido de una preocupación cada vez mayor por los pobres, los excluidos y los abandonados a su suerte. Eso exige una doble acción:

- «intervenir, con vigor y determinación ante las instancias internacionales en favor de una mayor justicia y paz»³⁰;
- participar en la reestructuración de las economías nacionales mediante la promoción de un nuevo espíritu

²⁸ *Ibid.*, pp. 216-217.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ El 35 sínodo general de la Iglesia evangélica del Camerún toma posición sobre el contexto sociopolítico del país, p. 1.

capaz «de combatir la degradación moral y espiritual, la inconsciencia cívica y profesional y cualquier manifestación de injusticia social»³¹.

Se trata de deshacerse, en este doble nivel, del espíritu de destrucción que ha llevado a África a la quiebra económica, y de promover el espíritu de construcción que pueda edificar una nueva África. Ese espíritu de construcción exige de los cristianos que se pongan manos a la obra en la vida económica: «Frente al desempleo –declara al 35 sínodo de la Iglesia evangélica del Camerún–, la Iglesia compromete a sus parroquias y movimientos en todas las iniciativas que generen empleos, ingresos y formación profesional»³². Ya han pasado los tiempos en que las Iglesias esperaban el dinero como un maná caído del cielo de la buena voluntad de los occidentales. Ha sonado la hora de la participación de las Iglesias en la producción de riqueza nacional, en la creación de empresas, en la promoción de inversiones productivas para el bien de todos.

A fin de poder asumir esta tarea económica, que es una labor completamente distinta a las acciones de socorrismo caritativo, las Iglesias animan a los cristianos a que propongan nuevas ideas encaminadas a la reestructuración de las economías nacionales; a delimitar lugares cuya acción sea decisiva para la reorientación de las economías de nuestra nación; a reflexionar de manera profunda en las estrategias que se deben poner en práctica para situar a África en la vía de la prosperidad.

Los textos esenciales en torno a esta cuestión, además del elaborado en el encuentro sobre la crisis de la deuda, que tuvo lugar en Maseru (Lesotho), por la CETA, entre el 26 y el 30 de septiembre de 1990, son los publicados por la Asociación para la Cooperación de las Iglesias, el Entorno y el Desarrollo en África Central (ACEEDAC), el año 1990.

Estos textos, centrados en los problemas de las relaciones Norte-Sur y del endeudamiento crónico que padece África,

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*

desembocan en recomendaciones y consignas de acción, dirigidas a todas las naciones africanas en el campo del desarrollo y de la vida económica.

En concreto, se trata:

- de dotar a cada Iglesia de un servicio de desarrollo competente y capaz, que esté en condiciones de impulsar una dinámica de formación y de creatividad en el ámbito de la promoción humana en general y de la vida económica en particular;

- de organizar, de manera regular y en todos los ámbitos, encuentros de reflexión entre cristianos sobre los problemas económicos, en particular sobre la deuda y la crisis del endeudamiento que aquélla trae consigo para los países africanos;

- de aprender a administrar las obras de las Iglesias con todo el rigor económico necesario y todo el saber administrativo que exige la vida en el mundo de hoy.

A tal efecto, señala un informe de la ACEEDAC, se establecen los siguientes grupos como destinatarios:

- los cabezas de las Iglesias, para los que se deberá organizar encuentros de información y de diálogo sobre la participación de la Iglesia en el desarrollo integral de la comunidad;

- el clero (pastores de parroquias) y los animadores del desarrollo en la base, para los que se deberá organizar talleres y seminarios de formación, a fin de proporcionarles los instrumentos de base necesarios para el reclutamiento y la movilización efectiva de la población;

- los movimientos y grupos que ejercen actividades en nuestras Iglesias: los jóvenes, las mujeres, los laicos de sexo masculino, las corales, cuyo dinamismo es preciso canalizar, y orientar su acción hacia el desarrollo. Habrá que llevar a cabo un esfuerzo especial con los laicos de sexo masculino, porque se trata de un movimiento muy débil e incluso inexistente en nuestras Iglesias. En consecuencia, es preciso suscitarlo, desarrollarlo y convertirlo en un gran movi-

miento. Por lo que se refiere a los jóvenes, muy activos en las parroquias, habrá que ayudarles a organizarse en el ámbito consistorial o de sínodos regionales y en el ámbito nacional e infrarregional;

– las escuelas bíblicas, los seminarios, los institutos y las facultades de teología, cuyos programas habrá que revisar, para introducir en ellos las enseñanzas y la reflexión sobre las cuestiones del desarrollo³³.

Lo que aquí se dice, aunque va dirigido a las Iglesias de África central, afecta a todas las Iglesias, a fin de emprender una acción común en el continente africano.

El eje sociocultural

En las recomendaciones y consignas de acción dadas por las Iglesias a los cristianos, corresponde un lugar fundamental a la necesidad de proceder a una transformación mental capaz de crear un nuevo tejido en la sociedad civil y un nuevo tipo de cultura.

Desde cierto punto de vista, actuar en el corazón de la sociedad civil, mediante el anuncio del Evangelio y el testimonio de una fe viva, constituye el nudo central que condiciona las mutaciones políticas y económicas.

Desde la perspectiva de estos cambios, se pide a los cristianos una conversión espiritual y moral que vuelva a colocar el Evangelio en el corazón de la vida social y de las relaciones humanas.

Eso significa para ellos:

– vivir ardientemente y mantener siempre despierto el impulso espiritual de las Iglesias africanas en el orden concreto de sus tareas, así como la vitalidad de su oración;

³³ *Informe del encuentro de los responsables de servicios de desarrollo de las Iglesias protestantes de África central*, p. 10.

– resistir a las atracciones del egoísmo, del individualismo y de la irresponsabilidad cívica, que caracterizan a las sociedades africanas contemporáneas;

– dar testimonio de la esperanza que habita en ellas, liberando todas las energías de su corazón y de su imaginación al servicio de la sociedad y del bien común.